



## ***No Place On Earth***

(Janet Tobias, 2012)

A casi 70 años de su desenlace, La Segunda Guerra Mundial sigue ofreciendo historias para contar, y todo parece indicar que seguirá dándolas por mucho tiempo más: historias duras sobre un mundo áspero y cruel, en el cual la esperanza puede surgir sólo del interior y de la cooperación entre las personas. Muchas tienen como protagonista a un pueblo oprimido y perseguido que logró perseverar frente a la adversidad, y algunos de sus protagonistas han vivido para contarlas. La de *No Place On Earth* es una de esas historias: una historia extraordinaria sobre la voluntad de supervivencia, digna de ser narrada por el cine.

Es a través de los ojos de Chris Nicola, investigador norteamericano, que entramos en esta historia: explorando una cueva en Ucrania, Nicola encuentra utensilios y vestimentas que indican que esa cueva de difícil acceso estuvo ocupada varios años atrás. Es la primera pieza de un rompecabezas que el investigador buscará rearmar, la puerta de entrada a la historia de tres familias judías: los Stermer, los Dodyk y los Wexler, que entre el 20 de octubre de 1942 y el 12 de abril de 1944, con

breves intervalos de contacto con el mundo exterior, se ocultaron en las cuevas ucranianas para escapar de la cacería nazi. A través de dramatizaciones, entrevistas y un uso extensivo de la voz en *off* vamos accediendo a los testimonios y detalles de esta historia asombrosa.

A través de un interesante procedimiento de mimetización entre realidad y representación (en un mismo plano, la imagen de archivo se funde con la fotografía sepia de la dramatización) nos situamos en el año 1939, en la ciudad de Korolowka. La voz en *off* narra en base a las memorias de Esther Stermer, *idishe mame*, mujer madura de admirable voluntad y determinación (la escena en que se enfrenta al oficial de la Gestapo es uno de los mejores momentos del documental): en base a sus memorias, *We Fight To Survive*, está escrito el guión del largometraje. Estas memorias nos introducen a un mundo tranquilo y pacífico en el que polacos y ucranianos conviven pacíficamente con la población de origen judío de la región. La amenaza nazi no tarda en presentarse y, frustrada una oportunidad de emigrar a Canadá, resulta imperioso encontrar un refugio seguro: lo encuentran en la cueva Verteba, en el valle Bilche Zlote. Las entrevistas a Saul y Sam Stermer (hijos de Esther), a Sonia y Sima Dodyk (nietos de Esther) y las narraciones de las memorias de Sol Wexler (primo de los Stermer) y la mencionada Esther hilvanan el relato y cuentan las peripecias de las experiencias extremas de carencias y peligro constante vividas dentro de las cuevas, un personaje más del relato ("Esas rocas presentaron batalla", dirá Saul cerca del final de la película).

Resulta particularmente interesante (y conmovedora) la secuencia en que los niños de las familias escriben, acostados en el suelo, sus nombres y los de sus familias en el techo bajo de la gruta; la escena corta a otra de Chris Nicola acostado bajo ese mismo suelo, contemplando esas mismas escrituras más de seis

décadas después, como si de pinturas rupestres se tratara. La metáfora es clara: el descenso a la cueva implica el retorno al estado primitivo, regido únicamente por la voluntad de sobrevivir y por la relación constante con la naturaleza. El paralelismo con el mundo prehistórico está claramente expresado en palabras de Nicola: "Antes, en lo que nos gusta llamar 'época prehistórica', la gente se escapaba de las bestias escondiéndose en las cuevas". Este concepto será retomado por las memorias de Esther: "Hace mucho tiempo, la gente creía que espíritus y fantasmas vivían en las cuevas. Ahora podíamos ver que no había nada aquí. Los demonios y los espíritus malignos estaban afuera, no en las grutas". Los significantes se transforman a lo largo de la experiencia: la cueva, lo desconocido y hostil, pasa a convertirse en santuario, protección y único refugio para estas familias, en un mundo que no tiene lugar para ellos.

En el final de la película, en la que algunos de esos viejos jóvenes y niños que pasaron casi dos años en las grutas (incluyendo a los entrevistados) se introducen una vez más en las cuevas, se manifiesta nuevamente la experiencia imborrable: piden apagar las luces, para experimentar nuevamente la quietud, la serenidad en la oscuridad de la cueva. El montaje alterna los testimonios con la representación del rescate (tras la victoria de la Unión Soviética en Ucrania), hermosamente fotografiado (aunque quizá, con un exceso de preciosismo) por parte de los cuatro directores de fotografía implicados. Finalmente, se nos cuenta que las familias residen actualmente en Canadá y Estados Unidos: han criado hijos y nietos, han sido exitosos; han vivido. Pero la cueva permanece como un recuerdo imborrable, un recordatorio de su identidad y de lo que debieron afrontar por culpa del fanatismo de otros; de su propia voluntad y perseverancia. Las cuevas de Ucrania son, sin lugar a dudas, su lugar en la Tierra.

*Andrés Brandariz*

Ficha técnica:

Dirección: Janet Tobias. Producción: Dirección de Fotografía: César Charlone, Eduard Grau, Sean Kirby, Peter Simonite. Edición: Deirdre Slevin, Claus Wehlisch. Sonido: Origen: Reino Unido, Alemania, Estados Unidos. Duración: 82'. Año: 2012.